

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Los estrenos vistos desde el guardarropas

Una de morbo

En Videoset, donde la calle de la Princesa pierde su honesto nombre para tornarse neoyorquizado, entre el Meliá y la Torre de Madrid, sale la negra a las tantas, en un espectáculo de videoset, llena de etiquetas redondas fluorescentes, que cubren su desnudo. Se pasea entre el personal, la penumbra y la música, y los clientes le van despegando etiquetas del cuerpo. Una gozada, oye.

Claro que antes y después han salido Al Johnson, Mistinguette y Chevalier, Sinatra y Carmen Miranda, todos, en un homenaje retro al tiempo pasado, las ropas chapadas y la verdura de las eras. Pero lo importante es la negra, que juega con la represión nacional y te deja que le quites una etiqueta de la espalda o del muslaman, y luego corre y vuelve al escenario, cuando ya no le quedan más etiquetas que las veredundas, y se las quita en un último relámpago de luz, sombra y música, para desaparecer instantáneamente.

Los salidos del fin de semana se quedan con la etiqueta redonda y pegajosa entre las manos, como si fuera la honra de la negra o un hombre un voto, y no saben qué hacer con aquello, porque el es-

pañol está poco acostumbrado a tratar con himenes y con votos. O sea que la cosa tiene su morbo y la negra no sale a humo de pajas, que ya todos somos mayores para eso, sino que se trata de concienciar al personal reprimiéndole, y nos quedamos al final sin saber cómo es una negra por dentro, aunque tampoco hemos sabido nunca cómo es una blanca, que las blancas, además de etiquetas, se ponen leotardos, sayas, refajos, basquiñas y tampax, por la cosa de la decencia en la mujer.

Está bien inventado lo de la negra. Tiene un final castrante para reprimidos con sueldo base y siempre queda la esperanza de que las etiquetas salgan con poca goma, como los sellos de tres pesetas. Hay quien quiere utilizar la lengua para volver a pegarle la etiqueta a la negra, como si la tía fuese un certificado, pero la negra dice que el español es una lengua muerta. O sea, una mayoría silenciosa. ■ TIO OSCAR.

Un aplauso al «Superstar»

Aquí no nos duelen prendas, y si nos duelen tomamos aspirina. Lo que nos duelen son otras cosas, y para eso no hay aspirina que valga. Bueno. El caso es que se ha estrenado en Madrid la célebre ópera «rock» titulada «Jesucristo Superstar», conocida musical-

RAIMON

MUCHOS de los que fueron al recital de Raimon el pasado día 30 de octubre tenían cuatro años cuando éste cantaba Al vent mientras iba en moto con un amigo. Tenían cuatro años y hoy están ya cerca de los veinte, los veinte que tenemos nosotros cuando cantábamos sus canciones, inocentes, canciones de adolescencia, en los claustros de una universidad que entonces empezaba a agitarse. Pero ellos, nosotros, nuestros padres y algún abuelo formaron las ocho mil voces que corearon Al vent otra vez en Montjuich en un ambiente que quizás no hemos vivido nunca los que tenemos menos de treinta y cinco años.

¿Qué pasó el día 30? ¿Qué pasó esa noche, cuando tantas voces gritábamos Al vent y otras cosas mientras encendíamos las cerillas en la oscuridad? Podríamos hacer imágenes fáciles y decir que ocho mil pequeñas luces representaban una sola luz, vacilante pero inmensa. Y que la oscuridad llegaba a desaparecer.

Eramos mucha gente los que fuimos llegando de todas partes de Barcelona a Montjuich. El andar quizás un poco cansado, ¿cómo no iba a serlo? Había chiquillas con tejanos y largas melenas, blusones y botas altas, que habían pedido permiso a sus papás para poder ir a escuchar a Raimon. Estaban sus garçons de COU, los viejos amigos se saludaban después de haberse refugiado en la obligada privacidad, estaban los viejos nombres, los de las «Terceres Vies» en primera fila, estaba Xirinachs, recién salido de Carabanchel, y Antoni Tàpies, y hasta Espriu, el poeta que no sale nunca. Estaban muchos de los que todavía intentan enterrar a sus fantasmas.

Todas las canciones de Raimon, desde las más viejas, como la algo infantil La nit hasta The vist sempre igual o Vinc d'un silenci, la de los poetas, las mejores, como las de Joan Timoneda, Jordi de Sant Jordi, Ausias March, Pere Quart y Espriu y, sobre todo, la 18 de maig, a Madrid, fueron cantadas y vividas por un público visiblemente excitado. «Este recital es vuestro y un poco mío», había dicho el cantante al empezar. Raimon sabía lo que decía, sabía que el recital iba a pasar a la historia.

No había miedo en Montjuich. Empezó todo con un anhelo de que las cosas fuesen bien, de que terminara en un punto alto, tan necesitados nos sentíamos los asistentes de puntos altos. Y así fue. «¿Qué representa Raimon?», le preguntó un locutor de radio a Josep Solé Barberá. «Dime, dime, ¿qué puedo responder a eso?», me preguntó el abogado catalán. Iba yo a decirle que Raimon nos estaba demostrando, una vez más, de que estábamos vivos, cuando Solé Barberá ya había escrito exactamente eso en un trozo de papel arrugado.

Eso es lo que pasa con el cantante de Xàtiva; él está para convencernos de lo que deseamos tener con seguridad: un documento palpable y colectivo de fe de vida. Al salir del recital, una amiga que ha pasado los cuarenta me dijo: «Y lo extraordinario es que a mí me gusta Raimon y también a mi hija de diecisiete años». La madre y la hija, al salir, volvían a estar seguras de que estaban vivas. ■ MONTSERRAT.



mente por el disco, vista en película y montada en el extranjero. Como en el extranjero no tienen el trauma de Lepanto, y allí no ven a Cristo como un ultra, ni tiene guerrilleros, pues la ópera en cuestión no desencadena ningún «odium theologicum», ni polémicas metafísicas. Aquí tampoco, para qué nos vamos a engañar. Lo que desencadena aquí es resistencia sociológica, porque aunque el ultra se vista con la seda de la teología, ultra se queda. Esta ópera, sin divas gordas que suden hasta por los sobacos de la voz, capaz de destetar de un solo golpe a los recalitrantes de las «arias» italianas, eleva a estructura cultural el «rock», que no es «música

celestial» ni «armonía de las esferas», sino el grito inocente del mundo, el desgarrado alarido de la víctima. El «rock» desenmascara la astucia melódica de la ópera italiana, y otras astucias melódicas. Por eso el «Jesucristo Superstar» en un escenario de Madrid —el de un teatro nuevo, el del Alcalá Palace— es una heroicidad de las buenas. Es lo mismo que Camilo Sesto, que ha arriesgado millones, y por lo que leemos, la cabeza, no sea la primera voz «rock» del mundo, y que el final sea un poco rambalesco o tamayesco, con nubes de humo y otros prodigios. Camilo Sesto es una voz, y sus compañeros son una voz, y la aventura del «Su-